

# LA TENTACION DE LA SERPIENTE



EL actual arzobispo de Manila, D. Miguel O'Doherty, irlandés, fué durante unos años rector del Colegio de Irlandeses de esta ciudad de Salamanca, de donde salió para el episcopado. En cierta ocasión llegó acá un profesor ruso, de Moscú; le llevé á ver el espléndido patio de aquel colegio; encontramos allí á su rector y hoy arzobispo de Manila, el que nos acompañó luego en una pequeña vuelta por parte de la ciudad. Y recuerdo bien que hablando de España y de los españoles, le decía, delante de mí, el irlandés al ruso: «No crea usted si le dicen que el español es indócil, que no le gusta obedecer; lo que no le gusta al español es mandar. Podrá alguna vez aspirar á la presidencia de algo, pero será para sentarse en la silla y no para presidir. Aquí, en esta ciudad, puede usted hacer donde quiera sus necesidades, seguro de que el agente de la autoridad, el municipal, hará como que no le ve, por no tomarse la molestia de impedirselo, de mandar.» Y la observación es exacta. Yo añadiría á ella que el que debía mandar no manda porque es el primero en faltar á su mandato, en desmandarse.

No ya el español, sino casi todo hombre, prefiere que le manden á mandar él. Fué un ángel, y no un hombre, el que dijo: *¡no serviré!* Y si Adán desobedeció, fué obedeciendo á una insinuación diabólica. Su pecado fué de flaqueza y de curiosidad, no de rebeldía. Quiso probar la fruta de la ciencia, y no se rebeló por soberbia de espíritu, por indisciplina, ni dijo: *¡no serviré!*

El ángel dice acaso: *¡no serviré!*; pero el hombre, que tiene más de bestia que de ángel, se dispone á servir y hasta pide un amo. No fueron los tiranos los que anduvieron buscando siervos, sino que fueron los siervos los que anduvieron buscando tiranos. No es la voluntad de poderío, es la voluntad de sumisión, es la *voluntad*, el no querer lo que ha hecho la servidumbre.

En el ángel simbolizamos la actividad espiritual pura. Un ángel no se duerme, no puede dormirse; pues para un ángel dormir es morir. Un ángel no se cansa, y si no trabaja, si no obra — y obra por propia iniciativa —, no vive angélicamente. De aquí que el ángel mande y que el ángel se rebelde. Y el hombre en cuanto angélico. Pero el hombre en cuanto bestia, el hombre bestial, busca ser mandado y hasta ser oprimido. Tiene apetito de servidumbre. Y le tiene porque la servidumbre es lo cómodo. El obedecer pasivamente no exige inteligencia. Y los más de los obedientes pasivos no es porque hayan domeñado y vencido su propia voluntad, es que no la tienen. Y no tienen voluntad propia porque carecen de inteligencia, de sentido propio. A lo sumo, poseen sentido común, y con él voluntad común, ó sea rutina de costumbre. Cabe muy bien ejecutar lo que á uno se le manda sin dejar de ses-tear, en un estado como de modorra.

¡Afán de mando! ¡Caciquismo! Las más de las veces esto no es sino palabrería. El cacique suele ser el más activo. Los demás, por no molestarse en mandarse á sí mismos, delegan su voluntad en él. Con frecuencia hay en una corporación ó instituto uno que lo hace todo y que impone su criterio y su voluntad; pero suele ser porque á los demás les vie-

ne eso muy cómodo. Buscan éstos que se les den las cosas hechas, si bien ó mal les importa poco.

Lo terrible es cuando en una comunidad de hombres se sienten todos más bestias que ángeles, y no hay entre ellos uno en que el ángel cabalgue sobre la bestia y la domine, uno en quien la inquietud mate á la modorra. Como los hombres bestias se ven perdidos, y tienen que tomar resoluciones, y que opinar, y que deliberar, y que decidirse, buscan un hombre ángel, y si no le encuentran le obligan á que haga de ángel á uno cualquiera de ellos, acaso al más bestia. Y al decir al más bestia, queremos decir el más modorriento, el más instintivo, el más rutinario, el más voluntarioso, que suele ser el de menos verdadera voluntad. A lo mejor un neurótico, uno á quien le da la santísima gana de esto ó de aquello — gana, no voluntad —, uno á quien los arranques, no decisiones, le salen de cualquier parte bestial y nada angélica. ¿Podrá decirse que tiene este hombre voluntad de dominio? No, sino que los otros tienen voluntad de sumisión, ó acaso más bien voluntad de indolencia, *voluntad*, en fin.

Porque el dejarse mandar á toda costa, el buscar un amo, el someterse, es cosa que procede de indolencia, de pereza espiritual. Cuesta menos esfuerzo tirar durante horas del carro en que va el amo, que rebelarse. El trabajo del esclavo es mucho menos penoso que el del hombre libre. Y, sobre todo, muchísimo menos penoso que el de quien dirige el trabajo de los otros y lo ordena.

¡No, no, no! no se hable de indisciplina social en el sentido de que los hombres no quieren obedecer al hombre de autoridad efectiva, al hombre ángel. Esos mismos á quienes se tilda de indisciplinados, de revoltosos, de rebeldes, se someten á la más degradante obediencia y buscan sus amos, y si no los encuentran, los hacen. Y no es sólo que no saben mandar, es que no saben mandarse. Ni saben obedecer, aunque sea esto, obedecer, lo que apetecen.

¡Dictadura! ¡Dictadura! Para ejercer la dictadura hay que tener algo que dictar, y para tener que dictar hay que pensar por sí. Una masa no puede dictar nada, porque una masa no tiene lenguaje articulado. A lo más, grita, y sus gritos no son ideas, no son conceptos; no son más que un santo y seña, una frase hueca, una consigna, un *¡viva!* ó un *¡muera!*, un *¡arriba!* ó un *¡abajo!*

Es el hombre bestia quien ha inventado el ángel rebelde y lo ha hecho. Lo necesitaba. Si la serpiente del Paraíso escribiera su evangelio, acaso nos contaría cómo fueron Adán y Eva los que le tentaron á ella. Y le tentaron porque, dominados de pereza, de modorra, de siesta, querían adquirir la ciencia sin más que comerse pasivamente el fruto de un árbol, sin esfuerzo de rebusca, sin lucha, sin estudio. Querían saber, sí, el bien y el mal; pero no estudiarlos, no esforzarse. Y la pobre serpiente sucumbió á la tentación y les dió la fatal receta. Sospechamos más aún, y es que se comieron ese fruto del árbol de la ciencia en verde, antes de maduro, y sin mondarlo. Y hasta que se lo tragaron sin masticarlo.

Miguel de Unamuno